



Carlos Fraenkel, *Teaching Plato in Palestine. Philosophy in a Divided World*, prólogo de Michael Walzer, Princeton University Press, Princeton, 2015. 240 páginas. ISBN-13: 978-0691151038.

Viajar nos enfrenta a la limitada validez de nuestras creencias y valores. Cuando llegamos a un país en donde saludar con un apretón de manos puede conllevar la mayor ofensa a nuestro anfitrión comienzan las preguntas: ¿por qué un apretón y no un beso?, ¿por qué un beso y no una reverencia? De tan minúsculo dilema surge la enorme conciencia de que ni los valores, ni las costumbres, ni las creencias son únicos sino múltiples y se requiere de una búsqueda de su compatibilidad. La filosofía habita en esa delgada intersección en la que se cruzan interpretaciones dispares. Viajando, pretende Carlos Fraenkel acercar la filosofía a las zonas de conflicto como una herramienta útil y no meramente académica dispuesta a pensar tales disquisiciones. Contrario a la idea de que la filosofía es una actividad de contemplación cuyo desarrollo es posible cuando los conflictos esenciales no existen, Fraenkel cree que durante el conflicto también se puede hacer filosofía y encontrar su utilidad. Lo primero que llama la atención de la obra es la capacidad del autor de acercar de manera muy efectiva complejos conceptos y preguntas metafísicas y filosóficas a cualquier tipo de lector, y poner de manifiesto a la vez la cotidianidad de estas cuestiones.

El autor, Carlos Fraenkel, profesor de Filosofía y Religión en la Universidad de Oxford y McGill en Montreal, organiza la obra en torno a dos preguntas que dividen el libro. La primera, ¿puede la filosofía ser útil fuera de lo estrictamente académico? Y, en segundo lugar, ¿puede la filosofía convertir las tensiones que surgen de la diversidad en una *cultura de debate*? Para responder a la primera pregunta Fraenkel desarrolla cinco capítulos, cada uno basado en alguno de los talleres que organizó entre 2006 y 2011. Las ubicaciones y comunidades pretenden resaltar las líneas de conflicto que surgen entre Israel y Palestina, Oriente y Occidente, la ortodoxia religiosa y la modernidad, la confrontación entre divisiones sociales y raciales en Brasil y, finalmente, el conflicto entre el legado del colonialismo y las identidades de las tribus indígenas. En la segunda parte del libro, Fraenkel pone de manifiesto la diversidad moral, religiosa y filosófica que se hizo evidente durante su experiencia en los talleres. Esto le lleva a argumentar la necesidad de una *cultura de debate* que favorezca la búsqueda conjunta de la verdad.

La primera parte del libro discurre como un diario filosófico sobre las experiencias, conversaciones, debates, talleres y clases que le han permitido acercarse a las preguntas de multiculturalismo y la verdad, entre otras. La segunda, presenta una argumentación más formal de por qué la cultura de debate ofrece una solución viable frente a un *mundo dividido*. En esta parte, Fraenkel desarrolla conceptos como las técnicas de debate o *virtudes de debate*, referidas a la capacidad del interlocutor

de aceptar la búsqueda de la verdad como prioritaria frente a la necesidad de tener razón.

En el primer capítulo, Fraenkel desarrolla algunas de las preguntas con las que se topa en el taller que dicta sobre el pensamiento político de Platón (427-347) en Al-Quds, Jerusalén. La finalidad del taller es examinar cómo filósofos medievales musulmanes y judíos construyeron sobre la filosofía política de Platón una interpretación del islam y el judaísmo como religiones filosóficas. Maimónides (1135-1204), con el judaísmo, y Averroes (1126-1198), con el islam, son los dos grandes pensadores que propiciaron esta interpretación. Fraenkel expone ante su clase la idea concebida por Maimónides de “oír la verdad —*al-Haqq*— sin importar de quién venga” (p. 7)<sup>1</sup> para abrir el debate sobre la posibilidad de que la filosofía pueda proporcionar un lenguaje que dé mayor relevancia a un argumento que al trasfondo religioso de aquel que lo propone. La situación conflictiva en Jerusalén le lleva a cuestionarse si esto facilita que surjan preguntas filosóficas con respecto a la justicia, los derechos o el poder. Plantea, asimismo, la perspectiva de Sócrates (470-399) de *examinar* las cosas que nos son enseñadas, idea que usará en la segunda parte del libro para argumentar la necesidad de la *cultura de debate*. El taller aviva la polémica entre sus estudiantes respecto al escrutinio o no de la religión. Fraenkel expone tanto a pensadores musulmanes que se posicionan a favor —Bakr al-Rāzī (865-925)— como en contra de esta revisión filosófica de la religión —Ibn Taymiyya (1263-1328)—. Con los alumnos llega a la conclusión de que la justicia consiste en la habilidad racional de determinar lo que es mejor y, a la vez, ser capaz de implementarlo.

La división platónica entre filósofos y no-filósofos es lo que permite entender la interpretación del islam y el judaísmo como religiones filosóficas y comprender que las historias y leyes de la Torah y el Corán son programas político-pedagógicos que los profetas usaron para guiar a los no-filósofos en sus comunidades.

En el segundo capítulo, Fraenkel intenta llevar la filosofía a Indonesia, país que él equipara a un “laboratorio político e intelectual”<sup>2</sup> (p. 31), en el que se intenta hacer converger el islam con la democracia y el compromiso con el pluralismo, y la modernización con la búsqueda de una identidad nacional. Sobre esta base se propone construir con sus alumnos conclusiones con respecto a la configuración de una democracia secular bajo las peculiaridades de la mayoría islámica del país. Las condiciones en las que llegó el islam a Indonesia, la poca homogeneidad de su difusión y la existencia de un rango muy amplio de religiones anteriores hacen que el credo y sus prácticas en este país sean considerablemente diferentes de cómo lo son en otros países mayoritariamente musulmanes. Con respecto al pluralismo de religiones, Fraenkel expone la noción de una pluralidad de religiones válidas propuesta por Al-Fārābī (872-950) frente a la idea extendida entre sus alumnos de que los conflictos entre religiones se deben a interpretaciones falsas y no a errores de las fuentes.

En el tercer capítulo, Fraenkel se une a un grupo de debate de las comunidades jasídicas de Nueva York para explorar el choque que se puede dar entre la tradición religiosa y la modernidad. Fraenkel se topa con un grupo de personas que viven dicho conflicto y que, hasta cierto punto, han dudado de su fe, por lo que buscan

<sup>1</sup> “‘Listen to *al-Haqq* from whoever says it’ (*Al-Haqq* means the truth in Arabic)”.

<sup>2</sup> “Gigantic intellectual and political laboratory”.

respuestas en la filosofía, que para ellos es estrictamente secular. Fraenkel estudia con este grupo desde una perspectiva judía a Maimónides, Baruch Spinoza (1632-1677) y finalmente, derivan en el nihilismo y el eterno retorno de Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844-1900).

En el capítulo cuarto, Fraenkel se centra en las nociones de justicia e igualdad, confrontándolas con la realidad de Salvador da Bahia, en donde conviven las clases más ricas y las más pobres de Brasil a escasos metros de distancia. Según el libro, en 2008 se implementa una ley en Brasil que determina que “la filosofía es necesaria para el ejercicio de la ciudadanía” (p. 82)<sup>3</sup>. Esto permite que el autor ahonde en la idea socrática de implementar la filosofía en nuestra vida cotidiana, así como facilitar a los estudiantes de su curso las herramientas para analizar y cuestionar los cimientos de las sociedades y las ideas que damos por sentadas. Las condiciones en Brasil le permiten estudiar varias brechas como la racial —determinando por qué en una *democracia racial* sigue teniendo importancia— o la económica y social, entre otras.

En el quinto capítulo, Fraenkel colabora con la comunidad Mohawk en el proyecto de construir una nación y, por lo tanto, responder a preguntas como qué significa vivir bien, cómo reconciliar modernidad y tradición, quién puede ser considerado Mohawk o si los líderes realmente se preocupan por el bienestar de los ciudadanos. Al principio, encuentra cierta reticencia porque las tribus no ven la necesidad de la filosofía cuando los valores que defienden para el auto-gobierno son radicalmente claros para ellos. Una vez solucionado este punto discuten las violaciones de su cultura, su espacio territorial y sus credos; la legitimidad de las cruzadas europeas; dónde trazar la línea que permita mantener la identidad y, a la vez, abrazar la modernidad; o quién debe gobernar. El taller concluye quizás no con respuestas muy claras a las preguntas, pero con la certeza de saber cuáles son los asuntos que deben tratar para conseguir la auto-determinación y una construcción justa de la identidad.

En la segunda parte del libro, que consta de un capítulo, Fraenkel defiende que las disensiones en aspectos morales, religiosos o filosóficos, a pesar de ser molestos a veces, pueden ser de gran provecho para crear una *cultura de debate*. Basado en la idea de Charles Taylor de las *fuentes del self*, Fraenkel afirma que nuestras creencias no son ciertas por el mero hecho de estar convencidos, es decir, nuestra convicción no es evidencia de la veracidad de nuestros valores. La misma convicción pueden presentar personas con valores opuestos. Incluso, a lo largo de nuestras vidas, esas creencias varían. Aquí introduce el autor el *falibilismo*, doctrina según la cual, nunca podemos estar seguros de que nuestras creencias sean correctas, aunque sí hay normas objetivas a las que nos tenemos que acercar examinando nuestros valores de manera crítica. Esto, según Fraenkel, nos debería llevar también a desechar la idea de imponer nuestras creencias por creerlas más beneficiosas para otros. A tal efecto, da el ejemplo de Maimónides, que impuso el modelo geocéntrico como parte de la ley judía por tener la convicción absoluta de que eso era así. Además, Fraenkel afirma que los desacuerdos en temas importantes de nuestras creencias nos permiten romper con el *taqlid*<sup>4</sup>, y *confrontarlo de distintas maneras*.

Sin embargo, el falibilismo, a su vez, no será aceptado por todos. Como encontró en sus talleres, habrá personas con un *taqlid* que consideren que la razón humana en

<sup>3</sup> “Philosophy is necessary for the exercise of citizenship”.

<sup>4</sup> Concepto de Al-Ghazālī (1058-1111) para denominar la autoridad de nuestros padres y profesores que determina la forma en que pensamos y actuamos.

sí puede ser falible, mientras que la sabiduría de Dios no. Según Fraenkel, la *cultura de debate* es compatible con el concepto de sabiduría divina ya que, argumenta, los intérpretes pueden también ser falibles e incapaces de comprender la sabiduría infinita de la deidad y, en esa medida, las interpretaciones deben permanecer abiertas a discusión.

Frente al argumento de que la *cultura de debate* que defiende pueda considerarse etnocéntrica, el autor responde afirmando que dicha cultura ha existido en todas las culturas, desde judíos, cristianos, musulmanes, hasta el hinduismo y budismo y pasando más recientemente por el ateísmo. Su idea, aquí no es que los participantes del debate renuncien a su etnocentrismo, sino que reconozcan su falibilismo, rechacen el uso de la coerción, argumenten con miembros con creencias distintas y finalmente revisen y reinterpreten sus tradiciones religiosas.

A pesar del pesimismo de Platón frente a la idea de democratizar la filosofía, Fraenkel señala que la *cultura de debate* que propone no intenta imponer un elitismo intelectual sobre otro sistema de creencias, sino proveer con las herramientas necesarias a todos los ciudadanos para examinar su propio sistema y, en caso de ser necesario, enmendar los errores que en él puedan encontrar. De esta manera, Fraenkel va un paso más allá afirmando que incorporar las creencias y valores en tradiciones culturales y religiosas es lo que permite dar el salto entre saber qué es correcto y hacerlo.

Finalmente, dos apuntes que podrían hacer este libro más completo. En primer lugar, se echa en falta un desarrollo más exhaustivo de la filosofía que permite la *cultura de debate*, en casos de personas que no estén dispuestas a buscar la verdad, o a dejar atrás el *taqlid* o en culturas que pueden considerarlo erróneo. En segundo lugar, añadiría valor a la obra conseguir respuestas más claras respecto a los conflictos expuestos en la primera parte del libro.

Es, sin duda, una obra muy recomendable para ampliar la capacidad de comprensión de un mundo que cada vez refleja más las profundas diferencias de creencias.

Ana María Martín Calderón  
Universidad Complutense de Madrid (España)  
anamam11@ucm.es